

San Josemaría y Cervantes

ANTONIO BARNÉS VÁZQUEZ

Doctorando de Filología. Universidad de Granada

San Josemaría Escrivá de Balaguer (Barbastro, 1902–Roma, 1975) fue un gran comunicador. Basta ver y escuchar alguna de sus tertulias grabadas o leer sus escritos para comprobarlo. Llama la atención su competencia tanto en la expresión oral como en la escritura. Y no es ésta la única paradoja que observamos en su personalidad: contemplativo y activo; reflexivo y resolutivo; intelectual y pragmático; en San Josemaría estaban unidas cualidades que Dios y la naturaleza suelen repartir de modo desigual. Algo semejante observamos en lo lingüístico.

La lengua de Escrivá es muy bella desde el punto de vista literario y, al mismo tiempo, muy clara; podría asemejarse al lenguaje de un periodista especialmente culto o al de un intelectual muy hábil en la divulgación. Pretendo en estas páginas resaltar algún aspecto de la formación literaria que subyace en la capacidad comunicativa de San Josemaría, en concreto, en la influencia de Miguel de Cervantes en Escrivá.

El castellano de San Josemaría está acrisolado en los mejores autores del Siglo de Oro español y, de entre ellos, de un modo especial, en Cervantes: «el primer literato de Castilla», como le denominó San Josemaría en alguna ocasión.¹ Este especial aprecio de Escrivá a Cervantes y el hecho de que estamos a punto de celebrar el cuarto centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote* (enero del 2005) pueden bien justificar este artículo.

¹ Javier Echevarría, *Memoria del Beato Josemaría*, Madrid, Rialp, p. 297.

El engarce de Escrivá con el Siglo de Oro español no atañe sólo a lo formal-literario, sino también a los contenidos de una cultura fuertemente marcada por los místicos y los autores espirituales.

«Las obras de los grandes santos suelen ser precisamente obras de gran altura literaria», afirma Cornelio Fabro. «Basta pensar en Teresa de Ávila y Juan de la Cruz, en España; en Francisco de Asís y Alfonso María Liguori, en Italia; en la misma Biblia, que rebosa páginas estilísticamente extraordinarias».²

El filósofo italiano concluye: «El estilo de Escrivá de Balaguer es de gran valor. Es un estilo suelto y claro, a la vez conciso e imaginativo, que usa de la gran prosa para exponer los principios, y de las delicadas alusiones a los más íntimos movimientos del alma. En el plano literario, considero estos escritos, y especialmente los dos volúmenes de homilías, un modelo del género, que puede compararse con los grandes escritos del Siglo de Oro, leídos y admirados por él».³

PRIMERA FORMACIÓN

Fue su padre quizás el primer despertador de su sensibilidad literaria⁴, como testimonia Monseñor Javier Echevarría, una de las personas que mejor han conocido a San Josemaría por tratarle intensamente más de 20 años: «Don José no ocultaba a su hijo ninguna cosa honesta, para despertar su interés por lo que pudiera ayudarle en su formación. Y así procuró que se aficionase a las buenas lecturas, para aumentar su criterio cristiano y cultural. Le llevó como por un plano inclinado, poniendo a su alcance, poco a poco, distintos libros. Mons. Escrivá de Balaguer recordaba que, sin obligarle a leer, le proporcionó una edición del *Quijote*, en siete volúmenes y con ilustraciones, que ojeaba de pequeño».⁵

² Cornelio Fabro, *El temple de un Padre de la Iglesia*, Madrid, Rialp, 2002, p. 59.

³ *Ibidem*.

⁴ J. M. Cejas responsabiliza también a otros miembros de la familia. «¡Qué rápidos pasaban los días de vacaciones en aquel pueblo, a las faldas de la sierra de Corrodilla, a la sombra de un castillo moro medio en ruinas! No había tiempo para aburrirse: unas veces se entretenía contemplando las faenas campesinas; otras veces montaba en el trillo dando vueltas interminables a la era; y otras, se marchaba a jugar con sus amigos por entre las parvas, viñedos y olivares, cerca del Canal Imperial o por los caminos que descendían hasta el valle del Cinca. En Fonz, su gusto por la lectura se enriquecía: Mosén Teodoro tenía una biblioteca con muchos ejemplares que procedían de la de un tío abuelo, también sacerdote. Allí pudo leer Josemaría una edición del *Quijote*, en ocho tomos, y disfrutar con los grabados de la Ilustración Hispano-Americana; amén de sus lecturas de Julio Verne, aunque este autor no era precisamente santo de la devoción literaria del tío Teodoro...». (cfr. José Miguel Cejas, *Vida del Beato Josemaría*, Rialp, Madrid 2002).

⁵ Javier Echevarría, *o. c.*, p. 90. Algo semejante leemos en J. F. Coverdale, *La fundación del Opus Dei*, Ariel, Madrid, 2002, p. 21: «La infancia de Escrivá fue la de un niño feliz. La familia iba creciendo poco a

El amor a las lecturas, pues, surgió en San Josemaría en la infancia y adolescencia, en el ambiente familiar y en el marco de la enseñanza primaria y secundaria. Vázquez de Prada, hasta el momento el principal biógrafo de Escrivá, destaca la huella que dejaron en él las clases de literatura en el Instituto *Práxedes Mateo Sagasta* de Logroño, y los reconocimientos que obtuvo.⁶

Y aquí es donde el biógrafo hace la primera referencia a Cervantes: «El catedrático de Literatura era don Luis Arnáiz, hombre de tierna sensibilidad literaria y propenso a la emoción estética. Al decir de Josemaría, se emocionaba al leer en voz alta a Cervantes, lo cual suscitaba en el muchacho otros recuerdos lejanos. Porque entre los libros traídos de Barbastro por los Escrivá, la mayor parte de ellos clásicos, había una bella y antigua edición del *Quijote*, en seis volúmenes. A ellos acudía de muy niño a leer y repasar las láminas».⁷

Vázquez de Prada, apoyándose en testimonios de personas muy cercanas a Escrivá, manifiesta que «en las clases de literatura pudo Josemaría saborear a placer los clásicos, desde los escritores medievales a los del Siglo de Oro español. Pasados los años, las anécdotas literarias e históricas, en prosa o en verso, surgirán frescas y espontáneas, a la par que la cristiana doctrina».⁸

El Poema de Mio Cid, Gonzalo de Berceo, las *Cantigas* de Alfonso X el Sabio, Jorge Manrique, Alonso de Ercilla, San Juan de la Cruz, Santa Teresa, Lope de Vega, los Argensola, Cervantes o Quevedo –por citar sólo a algunos autores castellanos significativos– estarán presentes en su labios o en su pluma frecuentemente; de forma explícita o implícita.

poco: María Asunción nació en 1905 y María Dolores en 1907; dos años más tarde vino al mundo su hermana María del Rosario. Los negocios de don José prosperaban y la familia disfrutaba de una vida tranquila. El joven Escrivá sentía una gran admiración por su padre y disfrutaba yendo a pasear por los alrededores de Barbastro. Su padre se interesaba vivamente por todo lo relacionado con su hijo, los éxitos y fracasos de un niño, sus alegrías y tristezas. Sus padres siempre le dieron mucha libertad al tiempo que, lógicamente, estaban pendientes de lo que hacía, pues nunca descuidaron la educación de la prole. En el colegio, Escrivá destacó en dibujo y literatura, y pronto comenzó a disfrutar de los clásicos de la literatura española, un gusto que conservó toda su vida. Siendo apenas un muchacho, leyó el *Quijote* por primera vez en unos tomos llenos de ilustraciones que su padre guardaba en la biblioteca familiar».

⁶ «En los exámenes del cuarto año de Bachillerato (1915-1916), obtuvo la calificación de Sobresaliente con Premio (también llamada Matrícula de Honor), en Preceptiva Literaria y Composición. El Premio no era simplemente honorífico sino que eximía del pago de la tasa escolar de una asignatura al curso siguiente; además, el alumno podía elegir, a su gusto y conveniencia, la asignatura a la que aplicar la Matrícula de Honor. Haciendo uso de ese derecho, Josemaría, con fecha 1 de septiembre de 1916, dirigió una instancia al Director del Instituto para aplicar a la Historia General de la Literatura el Premio que se le había concedido en Preceptiva y Composición», (Andrés Vázquez de Prada, *El fundador del Opus Dei*, t. I, Rialp. Madrid, 1997, p. 85).

⁷ Andrés Vázquez de Prada, o. c. p. 85.

⁸ *Ibidem*, p. 86.

Vázquez de Prada, escritor también de fina sensibilidad, concluye: «Las lecturas juveniles prendieron en el fondo de su alma, empapándolas de belleza. En muchas ocasiones echará mano de recuerdos literarios, como recurso para exponer sus proyectos o sus ideas».⁹

En el importante documento biográfico *Memoria del Beato Josemaría*¹⁰, Salvador Bernal pregunta a monseñor Echevarría por la formación literaria de Escrivá: «Fue grande su afición a la literatura y a la historia. De sus libros se deduce –aunque a veces prefería no incluir citas expresas– una gran familiaridad con Cervantes y Quevedo, con Tirso o Calderón», a lo que responde el hoy Prelado del Opus Dei:

“Desde los doce o trece años, leyó con mucho interés los clásicos. Como había aprendido perfectamente el francés, abordó también muchas obras en esa lengua, con el consejo oportuno de sus padres, que dejaban conocer a su hijo libros aptos para su edad y formación.

Leyó casi todas las novelas de Julio Verne, que le apasionaron por la trama humana y el espíritu aventurero. Recordando estas lecturas, comentaba que solía saltar las páginas en las que el autor francés describía la naturaleza, y que le interesaba más el argumento, la riqueza de vocabulario, la fantasía de la creación literaria, y la aplicación de aquello que leía a la vida corriente, como tema de conversación y de distracción.

Más tarde pasó a leer con mayor asiduidad obras de literatura clásica española y de historia, por las que sintió siempre gran afición. Y así, a lo largo de su vida, gracias al patrimonio cultural que comenzó a adquirir en ese tiempo, afloraban en su labor sacerdotal dichos, sucesos, frases y ejemplos, sacados de libros que conocía profundamente.

En Logroño, mientras avanzaba en los clásicos españoles, comenzó a leer literatura religiosa, y concretamente se familiarizó con las obras de Santa Teresa de Jesús, hacia la que siempre manifestó gran devoción, tanto por su empresa apostólica en servicio de la Iglesia, como por su itinerario de entrega y trato con Dios.

En esos años leyó a Calderón de la Barca, Lope de Vega, Fray Luis de Granada, y a otros grandes escritores. Sintió gran atracción por la poesía y, gracias a su prodigiosa memoria, aprendía con extraordinaria facilidad versos que luego citaba: tanto de grandes poetas, como de otros, que calificaba de flojos o de muy flojitos, por ser de poca categoría estética, pero cuyo contenido le ayudaba en sus meditaciones, y en la predicación y dirección espiritual.

⁹ *Ibidem*, p. 87.

¹⁰ San Josemaría fue canonizado en Roma por Juan Pablo II el 6 de octubre del 2002. Los textos en que aparece la denominación Beato pertenecen, lógicamente, a escritos anteriores a la canonización.

Entre otras obras, le impresionaron las Cantigas de Alfonso X el Sabio, en las que se recogen tradiciones populares y leyendas de muchas almas que se acercan a Dios. Le admiraba la Misericordia divina, que premiaba con creces los esfuerzos humanos.

Junto a su inclinación natural hacia el estudio de las Humanidades, las enseñanzas que recibió en Logroño le ayudaron a profundizar su afición por la literatura y la historia. Recordaba también la prudencia y la claridad con que le impartió las lecciones de Ética y Rudimentos de Derecho, de Psicología y Lógica, el sacerdote don Calixto Terés".¹¹

2. EXPRESIÓN ORAL

San Josemaría recibió clases de expresión oral y procuró sacar provecho de ellas. «También en Logroño le bastaban las clases y el tiempo que pasaba en el colegio por la tarde, para cumplir con brillantez sus obligaciones de estudiante y ser un alumno destacado, hasta el punto de que un profesor exigente, el ya mencionado don Calixto Terés, le dio las mejores calificaciones en las asignaturas que explicaba, aunque era conocido por su parquedad en conceder notas brillantes. Los profesores le animaban en sus aficiones y le impulsaban a profundizar en las distintas materias. Años después evocaría su paciencia y sus buenas condiciones pedagógicas; mencionaba, entre otras cosas, cómo sabían enseñarles a leer en público, de modo vivo y atrayente para los que escuchaban; aprendió así a hablar y expresarse de forma muy sugestiva y con gran comunicatividad.

«Reconocía que, de las lecciones de Oratoria Sagrada –ya en Zaragoza– sacó mucho provecho para su predicación sacerdotal: “yo no improviso nada, y no penséis que los buenos oradores o predicadores de ordinario improvisan. Tienen la prudencia suficiente para prever las situaciones, e ir siempre adecuadamente preparados. Recuerdo que tuve un profesor de oratoria, que era un hombre muy conocido y muy admirado, sobre todo por sus improvisaciones. Un día, estábamos ocho o diez alumnos con él, hablando de tantas cosas, y nos aclaró: «yo no he improvisado ni una vez... Cuando me invitan a algún sitio, sé que me van a pedir que diga unas palabras, y me las preparo bien. Les aconsejo que hagan ustedes lo mismo”». Ponía en práctica esta recomendación: no le interesaba el lucimiento personal, pero sí llevar a las almas la doctrina de la manera más pedagógica posible».¹²

¹¹ Javier Echevarría, o. c., pp. 93-95.

¹² *Ibidem*, pp. 91-92.

3. CONTINUIDAD

Monseñor Echevarría pone de relieve el afán de Escrivá por mantener viva su formación, también literaria, a lo largo de toda su vida:

«Muchas veces perdiendo sueño, y otras, aprovechando retazos de tiempo –por ejemplo, esos diez minutos que median quizá entre una ocupación y la siguiente–, no abandonó la lectura de los autores clásicos y de los libros de ciencias religiosas. Fue un gran apasionado de los tratados de Teología dogmática. También le atraía la Patrística, que conocía desde muy joven y que tanto empleaba en sus enseñanzas.

*«Ha sido éste uno de los consejos que daba a los sacerdotes: que buscasen, para su predicación, textos de la Escritura y de los Padres; y también de literatura profana, que pudiesen aplicarse a la realidad cotidiana de la vida espiritual, aprovechando lo que había sido escrito con una finalidad meramente divulgativa o estética».*¹³

*Como botón de muestra de su continuo afán literario sirva este fragmento de una carta del 7 de junio de 1965: «Ahora reverdezco mis aficiones de la juventud, leyendo vieja literatura castellana, de la que también se sirve el Señor para confirmarme en su paz».*¹⁴

4. CERVANTINA EN CAMINO

¿En qué medida se ha reflejado esta formación y cultivo de la literatura?

El Instituto Histórico Josemaría Escrivá ha comenzado la edición crítico-histórica de sus obras completas, habiéndose publicado en 2002 el primer volumen: *Camino*, a cargo del profesor Pedro Rodríguez¹⁵. Como primera aproximación a las fuentes literarias de San Josemaría, podemos reseñar qué autores castellanos y cuántas veces aparecen en las notas explicativas de la citada edición de *Camino*:

Alemán, Mateo (1)

Azorín (2)

Balmes, Jaime (1)

Benavente, Jacinto (1)

Boscán, Juan (1)

Calderón de la Barca, Pedro (5)

¹³ Javier Echevarría, *o. c.*, p. 95.

¹⁴ Andrés Vázquez de Prada, *o. c.*, t. I, p. 87.

¹⁵ Pedro Rodríguez, *Camino. Edición crítico-histórica*, Rialp, Madrid, 2002.

Campoamor (1)
 Cela (1)
 Cervantes (9)
 Comendador Joan Escrivá (1)
 Fernández Flórez, Wenceslao (1)
 Fray Alonso de Madrid (4)
 Fray Luis de Granada (2)
 Fray Luis de León (2)
 Gironella, José María (1)
 Gonzalo de Berceo (1)
 Gracián, Baltasar (1)
 Guevara, Fray Antonio de (1)
 Isla, José Francisco de (1)
 Jiménez Lozano, José (1)
 Jorge Manrique (1)
 López de Mendoza, Íñigo (1)
 Luca de Tena, Torcuato (2)
 Machado, Antonio (2)
 Ortega y Gasset, José (2)
 Osuna, Francisco de (2)
 Pérez Galdós, Benito (1)
 Quevedo y Villegas, Francisco de (2)
 San Ignacio de Loyola (28)
 San Juan de Ávila (17)
 San Juan de la Cruz (30)
 Santa Teresa de Jesús (48)
 Suárez, Francisco (1)
 Unamuno, Miguel de (1)
 Vega y Carpio, Félix Lope de (4)

Aunque esta estadística no sea decisiva para la tarea que nos ocupa, no deja de ser significativo que Cervantes sea el autor profano más citado. Es cierto que ediciones críticas como la ya publicada de *Camino* permiten avanzar considerablemente en el

análisis del estilo literario de San Josemaría, indagación que va confirmando la intensa asimilación de sus lecturas infantiles y juveniles. Transcribo un párrafo de Rodríguez, con sus notas a pie, importante a nuestro propósito, precisamente porque constata en Escrivá alguna característica esencial que remonta a Cervantes:

«Un último apunte acerca del género literario, que nos permite enlazar con la cuestión del estilo: *Camino* es diálogo –“son cosas que te digo al oído”–, conversación que prolonga los encuentros personales de dirección espiritual y extiende su influencia a una multitud de personas, de nuevos lectores que entran en coloquio con el Autor. Este carácter dialógico y directo de *Camino* sorprendió positivamente a sus primeros lectores –sorpresa que sigue siendo actual–, pues no era el estilo usual en obras de espiritualidad¹⁶. Gondrand llega a decir que, “por todo esto, en este libro se produce una ruptura con la tradición de la literatura espiritual de carácter preceptivo”¹⁷. No sé si esto se puede suscribir plenamente, pero donde sí me parece encontrar un aspecto de ruptura es en la claridad y sencillez que el Autor buscaba y conseguía, en su coloquio con el lector, huyendo, por consiguiente, de la complicación y el barroquismo. Estilo directo, sin afectación¹⁸, que es compatible con una gran riqueza lingüística, pues “detrás de su aparente naturalidad, fresca y sencillez, se halla un hombre culto, con un gran dominio de la lengua”¹⁹. Y, agrego por mi cuenta, una vigilancia constante por la propiedad del lenguaje, la corrección de la sintaxis y la armónica proporción de las partes.²⁰ En el aparato de crítica textual el lector podrá penetrar en los

¹⁶ Nota de P. Rodríguez: G. Ortiz de Landázuri, *Aspectos literarios de Camino, Surco y Forja*, comunicación presentada al Congreso *La grandeza de la vida ordinaria*, Roma, 7-11.I.2002, p. 2, dice de Camino que tiene «una finalidad clara, no literaria, sino más bien entre didáctica, inquietante y sorprendente, ya que busca mover y conmover, impeler, llamar la atención del lector, más aún: implicarlo. El texto apela al lector; pretende provocar un cambio de actitud y de conducta. Le invita a ‘la propia aventura personal’».

¹⁷ Nota de Rodríguez: F. Gondrand, *Un livre de sentences spirituelles à l'époque contemporaine: Camino, de Josemaría Escrivá de Balaguer*, en Crisol (Publications du Centre de Recherches Ibériques et Latino-Américaines de l'Université Paris X-Nanterre), 18 (1994) 47-57. 1994, p. 51.

¹⁸ Nota de P. Rodríguez: En más de una ocasión, para cortar de raíz cualquier atisbo de falta de sencillez en las personas que le trataban, repitió la frase de Cervantes: “Llaneza, muchacho [...], que toda afectación es mala” (Parte II, cap. 26 del Quijote: es Maese Pedro quien se lo dice a su ayudante, cuando empieza a elevarse en la explicación del retablo).

¹⁹ Nota de P. Rodríguez: G. Ortiz de Landázuri, «Aspectos literarios de Camino, Surco y Forja», comunicación presentada al Congreso *La grandeza de la vida ordinaria*, Roma, 7-11.I.2002, p. 13. –Andrés Vázquez de Prada, en el cap. XI de su obra *El Fundador del Opus Dei*, de 1983, pp. 411-414, hace un minucioso análisis de la riqueza del habla y de los recursos lingüísticos del Autor.

²⁰ Nota de P. Rodríguez: En la *psicología cristiana* de Josemaría Escrivá esta vigilancia, en un hombre que por oficio tiene que hablar y escribir, era sencillamente, “cuidado de las cosas pequeñas” (vid. *Camino* capítulo 39).

pequeños detalles de la autocorrección literaria que hace el Autor.²¹ En *Camino* se encuentra un rico vocabulario, lleno de matices y precisiones, en todo tipo de registros, culto, técnico, popular, neologístico... En el uso de las palabras, el Autor «se mueve entre dos polos: la sencillez de su prosa llana, y el amor por la exactitud verbal».²² El resultado es el lenguaje castizo, plástico y vivo que llena sus «consideraciones», una lengua de fuerte raigambre clásica que no huye de los neologismos del habla común. Sabemos que desde su adolescencia fue lector incansable de los clásicos de la lengua castellana, a lo que se debe atribuir buena parte de la propiedad y la plasticidad de su lenguaje.²³

Los clásicos son fuentes constantes de inspiración. Los clásicos crean otros clásicos. Tal parece ser el caso de San Josemaría. «No estamos todavía en condiciones de calibrar el grado de la cualidad literaria de *Camino*. La proximidad en el tiempo no nos proporciona todavía esa perspectiva. Caben, sin embargo, las apreciaciones personales, subjetivas, sí, pero autorizadas. Baste la del teólogo, escritor y poeta Ibáñez Langlois: «el signo más espontáneo y certero del valor de *Camino* [...] como literatura (y como espiritualidad en forma inseparable) es, para mí, el signo propio de los 'clásicos' [...]: su inmunidad al desgaste, su novedad permanente, el que resistan un número indefinido de lecturas, con el poder de decir cada vez más a lo largo de los años. Esos puntos iniciales de *Camino* me impresionaron en forma indeleble la primera vez que, adolescente, di con ellos; pero hoy no me impresionan menos: encuentro en ellos –como tantos y tantos 'relectores'– un plus creciente de significado»²⁴. Son muchos, añadido, los lectores que, desde perspectivas culturales y humanas muy diversas, podrían hacer propias estas palabras».²⁵

²¹ Nota de P. Rodríguez: he podido darme cuenta, al preparar el aparato crítico que una de las características de esa autocorrección es precisamente la vigilancia para no repetir palabras dentro de frases, incluso párrafos, próximos. Por eso, es claro que determinadas correcciones autógrafas sólo se explican una vez que estableció el *ordo* de los puntos dentro del capítulo: dos octavillas de un tenor literario perfecto, si se las mira independientemente, al pasar a ser sucesivas en el *ordo*, ponían de manifiesto una repetición ingrata de términos. El autor modifica una de las dos.

²² Nota de P. Rodríguez: J. M. Ibáñez Langlois, *Josemaría Escrivá como escritor*, Ed. Universitaria, Pamplona, 2002, p. 18. Este mismo autor afirma que «cuando le leemos palabras o giros de uso no común, podemos estar seguros de que jamás esconden rebuscamiento alguno: es que, para el matiz singular que buscaba, la lengua española no disponía de una expresión más corriente» (*ibidem*).

²³ Nota de P. Rodríguez: por ejemplo, la palabra «desenfadar», que el lector asimila con toda naturalidad leyendo el punto 8 de *Camino*, está testificada en la literatura castellana antes de *Camino*, según el *corpus Corde*, de la Academia Española de la Lengua, sólo seis veces: dos en Mateo Alemán, otras dos en el anónimo de 1646, *La vida y hechos de Estebanillo González* y dos más en la traducción realizada por Juan Boscán de *El cortesano* de Baltasar de Castiglione; la séptima es la de este punto de *Camino* (*ibidem*, pp. 162-163).

²⁴ Nota de P. Rodríguez: J. M. Ibáñez Langlois, *Josemaría Escrivá como escritor*, Ed. Universitaria, Pamplona, 2002, p. 1.

²⁵ Pedro Rodríguez, *o. c.*, p. 166.

4.1. El Quijote en Camino

De las obras de Cervantes sabemos con seguridad que San Josemaría leyó el *Quijote* y las *Novelas ejemplares*. Desconocemos, *a priori*, si leyó el resto de su obra en prosa: *La Galatea* y *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*; y en verso: poesías sueltas, tragedias, comedias y entremeses.

En *Camino*, su obra más conocida, encontramos, fundamentalmente, referencias al *Quijote*. Veamos las que descubre Pedro Rodríguez.²⁶

132 No tengas la cobardía de ser «valiente»: ¡huye!²⁷

367 El manjar más delicado y selecto, si lo come un cerdo (que así se llama, sin perdón) se convierte, a lo más, ¡en carne de cerdo!

Seamos ángeles, para dignificar las ideas, al asimilarlas. — Cuando menos, seamos hombres: para convertir los alimentos, siquiera, en músculos nobles y bellos, o quizá en cerebro potente... capaz de entender y adorar a Dios.

Pero... ¡no seamos bestias, como tantos y tantos!²⁸

409 No pensemos que valdrá de algo nuestra aparente virtud de santos, si no va unida a las corrientes virtudes de cristianos.

²⁶ El número que antecede a cada punto es el que le corresponde en el libro, ya que *Camino* consta de 999 consideraciones. En nota a pie incluí parte de los comentarios de Rodríguez. He suprimido lo que no consideraba relevante para el objeto de este artículo.

²⁷ Nota de P. Rodríguez: Fue escrito en 28-IX-1932. Josemaría Escrivá lo vivía a rajatabla:

“Siete cerrojos y ochenta años de gravedad. No es la primera vez que oyes esta solicitud mía. Bien: vigilar..., porque antes se apaga una centella que un incendio: huir..., porque aquí es una vil cobardía ser valiente”.

Esta paradoja –la valentía está en huir– es común en la tradición de la espiritualidad católica. Unos cuantos textos: “En la lucha con los sentidos vencen los cobardes (San Felipe Neri), es decir, “los que huyen de las ocasiones” (San Alfonso María de Liguori). “Madre mía amadísima, ya os he dicho que el último recurso que tengo para no ser vencida en los combates es la desertión [...] Mi última tabla de salvación, pues, era la huida” (Santa Teresita). Entre sus contemporáneos: “En las tentaciones contra ella [la pureza] vencen los cobardes, es decir, los que huyen” (Beato Pedro Poveda). Es ésta una sabiduría tradicional que ya Cervantes ponía en boca de Don Quijote:

“Y en casos semejantes mejor es huir que esperar la batalla” (Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Segunda parte, capítulo 48 (Valencia 1993, edición del IV Centenario, p. 790).

Y que expresaba así Calderón de la Barca:

“quien le vence más valientes quien le huye más cobarde”.

²⁸ Nota de Rodríguez: 19-VIII-1931:

«*Margaritas ad porcos!* El manjar más delicado y selecto, si lo come un cerdo (que así se llaman, sin perdón), o sale del inmundo animal convertido en excremento repugnante o se convierte, a lo más, ¡en carne de cerdo! Seamos ángeles, para dignificar las ideas, al asimilarlas. Cuando menos, seamos hombres: para convertir los alimentos, siquiera, en músculos nobles y bellos o quizá en cerebro potente... capaz de entender y adorar a Dios. Pero... ¡no seamos bestias, como tantos y tantos!».

«Que así se llama, sin perdón». Alusión implícita a un conocido pasaje del *Quijote*: «En esto sucedió acaso que un porquero que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos –que, sin perdón, así se llaman– tocó un cuerno, a cuya señal...». Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Primera parte, capítulo 2 (Valencia 1993, edición del IV Centenario, p. 27).

—Esto sería adornarse con espléndidas joyas sobre los paños menores.²⁹

568 Gustosamente harían su oficio los Santos Ángeles Custodios con aquella alma que les decía: «Ángeles Santos, yo os invoco, como la Esposa del *Cantar de los Cantares*, ‘ut nuntietis ei quia amore langueo’ —para que le digáis que muero de amor».³⁰

²⁹ Nota de P. Rodríguez: 28-VII-1932. Después de copiar el texto, agregó: «*Virtus tantum nobilitas*». El contraste que establece el Autor no es entre «virtudes sobrenaturales» y «virtudes humanas», sino entre «extraordinario y llamativo», de una parte, y «ordinario y corriente», de otra. Eso ordinario y corriente es auténtica vida sobrenatural —la santidad, la piedad, de que se habla en el punto anterior—, que asume en la caridad el contenido de las virtudes humanas.

“Espléndidas joyas sobre los paños menores”. Una vez más la afinidad, la resonancia, el eco de los clásicos del Siglo de Oro. Ahora es el Quijote de Cervantes. El Caballero del Verde Gabán, hablando de su hijo, que es poeta, declara: “Vivimos en siglo donde nuestros reyes premian altamente las virtuosas y buenas letras; porque letras sin virtud son perlas en el muladar” (Parte II, cap. XVI).

³⁰ Nota de P. Rodríguez: Lo que «aquella alma» decía a los Ángeles está escrito *ad litteram*, sin palabras introductorias, en un guión de predicación:

«Ángeles Custodios, yo os invoco, como la Esposa del *Cantar de los Cantares*, ‘ut nuntietis ei quia amore langueo’ (Cant. V, 8)».

Desconozco quién pueda ser esa persona. Lo que en todo caso parece claro es que Josemaría Escrivá se fue despegando progresivamente de este lenguaje —“morir de amor”—, por otra parte tan habitual en la mística medieval y moderna, pero que no daba buena noticia del mensaje y el estilo de vida cristiana que el Señor le pedía que difundiera por el mundo. A raíz de su muerte se publicó este texto —la fuente no cita la fecha pero es de 1962:

“Para nosotros la muerte es Vida. Pero hay que morirse viejos. Morirse joven es antieconómico. Cuando lo hayamos dado todo, entonces moriremos. Mientras, a trabajar mucho y muchos años. Estamos dispuestos a ir al encuentro del Señor cuando El quiera, pero le pedimos que sea tarde.

Hemos de desear vivir, para trabajar por nuestro Señor y para querer bien a todas las almas: de todas las razas, de todas las lenguas, de todas las naciones. Somos todos hermanos, somos hijos de Dios y, por desgracia, hay tantos que, en lugar de sembrar amor, siembran el odio... ¿Veis la necesidad de que vivamos muchos años, sembrando siempre un gran amor a la convivencia?

En tiempos de Santa Teresa, los enamorados —tanto los místicos como los que cantaban el amor humano— solían exclamar, para demostrar la intensidad de su amor: que muero, porque no muero. Y una letrilla famosa, que conoceréis, decía:

Ven muerte, tan escondida,
que no te sienta venir,
porque el placer de morir
no me torne a dar la vida.

(El autor es el Comendador Joan Escrivá, cortesano de los Reyes Católicos, colaborador del Gran Capitán en Nápoles. El Autor de Camino en otra ocasión decía: es «un Escrivá de finales del siglo XV —pariente mío— que escribió una letrilla amorosa» (Tertulia, Roma 30-IV-1968). El poema es «el ejemplo clásico de la oposición y complementariedad de muerte y vida desde el punto de vista del conceptismo» (Francisco Rico, *Mil años de poesía española. Antología comentada*, Madrid, 2ª ed, 1996, p. 197) e influyó notablemente en las célebres coplas de Santa Teresa de Jesús (*Aspiraciones de vida eterna*) y de San Juan de la Cruz (*Coplas del alma que pena por ver a Dios*; BAC 15, 13ª ed, 1991, pp. 77-79) que tienen ambas como estribillo el «que muero porque no muero» (vid Torcuato Luca de Tena, *La mejor poesía cristiana*, Martínez-Roca, Barcelona 1999, p. 204). El texto del Comendador Escrivá puede verse *ibidem*, pp. 18-19, con esta variante para los versos 2 y 3: que no te sienta conmigo / porque el gozo de ir contigo).

Yo disiento de esta manera de pensar, y digo lo contrario: que vivo porque no vivo, que es Cristo quien vive en mí (Gal II, 20).

Tengo ya muchos años y no deseo morir; aunque, cuando el Señor quiera, iré a su encuentro encantado: *in domum Domini ibimus!* (Ps CXXI, 1), con su misericordia, iremos a la casa del Señor» (Son notas de una meditación predicada en Roma en 1962).

630 *No lo olvides: aquel tiene más que necesita menos. — No te crees necesidades.*³¹

688 *Otra vez...: Que han dicho, que han escrito...: En favor, en contra...: Con buena, y con menos buena voluntad...: Reticencias y calumnias, panegíricos y exaltaciones...: sandeces y aciertos... — ¡Tonto, tontísimo!: ¿Qué te importa, cuando vas derecho a tu fin, cabeza y corazón borrachos de Dios, el clamor del viento o el cantar de la chicharra, o el mugido o el gruñido o el relincho?... Además... es inevitable: no pretendas poner puertas al campo.*³²

Ya se ve que el fondo teológico –no podía ser menos– es el mismo en el Autor de Camino y en Teresa, pero el Beato Josemaría no quiere escapar cuanto antes de esta tierra, sino gastar la vida en el servicio de Dios e impulsar a las gentes al encuentro con Cristo en la alegría y en el dolor de lo real y cotidiano del vivir en el mundo:

“Bueno, eso de que se muere de amor... De amor se vive. Quered mucho, quered con todo el corazón, que no os moriréis de amor. ¡Hala, a poner el corazón en el Señor, a quererlo de verdad! Amad a su Madre, a San José, y vivid con ellos en Belén, en Nazaret, en Egipto... Que os enamoréis de verdad, y que viváis de amor; que de amor no se muere, no: [...] el amor da la vida; sin amor no se puede vivir. [...] ¡Vivid de amor, hijos míos, aunque digáis, mintiendo, que morís de amor!” (Notas de una tertulia, La Loma (Valencia) 7-I-1975).

El Beato Josemaría habla, como es tan habitual en él, extremando una contraposición –morir de amor, vivir de amor– para subrayar así el mensaje que quiere inculcar. Porque la expresión que emplea en *Camino* –y de la que se distancia después– admite ser entendida en el sentido que propone con «vivir de amor». Así el DRAE explica cómo la palabra «morir» se emplea para manifestar la fuerza con que se ama o la intensidad con que se desea algo: «me muero de ganas de...», «me muero de amor». [Nota del autor del artículo: He incluido este punto porque los versos del Comendador Escrivá están también en el capítulo 38 de la segunda parte del Quijote].

³¹ Nota de P. Rodríguez: en sus guiones de predicación se encuentran estos apuntes:

“Aquel tiene más que necesita menos. –No os creéis necesidades». (Retiro espiritual, Meditación «Espíritu de sacrificio», Salamanca 25-I-1938; guión n° 93).

“La felicidad no está en tener (que inquieta) sino en no necesitar». (Ejercicios Espirituales, Meditación «Principio y fundamento», Vergara 5-IX-1938; guión n° 99).

“Aquel tiene más que...”. Un tipo de hipérbaton hoy poco frecuente pero más usado en los clásicos: Cervantes, San Juan de Ávila, etc.

³² Nota de P. Rodríguez: Texto escrito también sobre una octavilla con dorso en blanco de la serie Legación de Honduras (Honduras). Tampoco hay interrelación documental conocida. Guarda este punto un paralelismo temático con el anterior, que se sitúa sin dificultad en el clima de la Legación de Honduras, donde la vida del pequeño grupo que acompañaba al Beato Josemaría suscitaba en aquellas circunstancias «murmillos», a los que ya se ha apuntado en el comentario a otros puntos. Aquellas pequeñas cosas de Honduras fueron tal vez ocasión para expresar con viveza esa experiencia histórica del existir cristiano a que me refería en comentario al punto 687. Vid. también comentario al punto 14 y el texto de Honduras allí citado. Aquellos murmullos, ¿no traerían a la memoria del Autor –que era un lector asiduo de Cervantes– estas palabras de Don Quijote a Sancho?:

“No te enojés, Sancho, ni recibas pesadumbre de lo que oyeres, que será nunca acabar. Ven tú con segura conciencia, y digan lo que dijeren; y es querer atar las lenguas de los maldicientes lo mismo que querer poner puertas al campo. Si el gobernador sale rico de su gobierno, dicen dél que ha sido un ladrón, y si sale pobre, que ha sido un parapoco y un mentecato”. Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Segunda parte, capítulo 55 (edición del IV Centenario, Valencia 1993, p. 840).

«Poner puertas al campo»: «frase figurada y familiar con que se da a entender la imposibilidad de poner límites a lo que no puede consentirlos» (Enciclopedia Espasa, voz «Puerta» (t. 48, p. 290). La 9ª edición brasileña de Camino traduce: «tapar o sol com a peneira»).

³³ Nota de P. Rodríguez: el autor explica así que el discípulo de Cristo vive a la intemperie en medio del mundo, expuesto a todos los vientos y que nada de lo que se diga debe sorprenderle ni quitarle la paz.

Si analizamos este material, podemos observar que la influencia cervantina se sitúa más en el plano de la forma que en el del contenido: Cervantes transmite a Escrivá expresiones castizas, humorísticas si se quiere, y enseñanzas de sentido común. Aunque no puede negarse que otras afirmaciones cervantinas tienen un valor más profundo, de raíz filosófica, tal como *mejor es huir que esperar la batalla*, que entronca con el *in medio virtus* aristotélico.

Pero las referencias a Cervantes, en este caso al *Quijote*, no aparecen únicamente en los escritos de San Josemaría. También en su abundante predicación y conversación, en tertulias íntimas o multitudinarias. Un ejemplo lo trae Pilar Urbano. En la catequesis que Escrivá desarrolló por América a comienzos de los años 70, contestando a un joven «responde decidido, sin vacilar:

–*Se me vienen a la memoria unos versos de Cervantes: «...que es de vidrio la mujer, pero no debes probar si se puede o no quebrar, porque todo podría ser».*³³

Estos versos se encuentran en el capítulo 33 de la primera parte del *Quijote*, dentro del relato intercalado: *El curioso impertinente*. Este es el texto original:

Finalmente, quiero decirte unos versos que se me han venido a la memoria, que los oí en una comedia moderna, que me parece que hacen al propósito de lo que vamos tratando. Aconsejaba un prudente viejo a otro, padre de una doncella, que la recogiese, guardase y encerrase, y entre otras razones le dijo éstas:

Es de vidrio la mujer,
pero no se ha de probar
si se puede o no quebrar,
porque todo podría ser.
Y es más fácil el quebrarse,
y no es cordura ponerse
a peligro de romperse
lo que no puede soldarse.
Y en esta opinión estén
todos, y en razón la fundo:
que si hay Dánaes en el mundo,
hay pluvias de oro³⁴ también.

³³ Pilar Urbano, *El hombre de Villa Tevere*, Plaza & Janés, 1994, p. 247.

³⁴ En los textos del *Quijote* sigo la edición de Francisco Rico, de 1999. En los de las restantes obras, la de 1997. En esta ocasión, la edición del 97 anota: pluvias de oro: porque, según la mitología, Júpiter se convir-

Observamos una pequeña variante entre el texto de Cervantes y el reproducido oralmente y de memoria por San Josemaría: *no se ha de probar se muda en no debes probar.*

Otra expresión usada con cierta frecuencia por Escrivá la hallamos varias veces en Cervantes.

Yo, pues, como me cupo en suerte ser uno del número de la andante caballería, no puedo dejar de acometer todo aquello que a mí me pareciere que cae debajo de la jurisdicción de mis ejercicios; y, así, el acometer los leones que ahora acometé derechamente me tocaba, puesto que conocí ser temeridad esorbitante, porque bien sé lo que es valentía, que es una virtud que está puesta entre dos extremos viciosos, como son la cobardía y la temeridad: pero menos mal será que el que es valiente toque y suba al punto de temerario que no que baje y toque en el punto de cobarde, que así como es más fácil venir el pródigo a ser liberal que al avaro, así es más fácil dar el temerario en verdadero valiente que no el cobarde subir a la verdadera valentía; y en esto de acometer aventuras, créame vuesa merced, señor don Diego, que antes se ha de perder por carta de más que de menos, porque mejor suena en las orejas de los que lo oyen «el tal caballero es temerario y atrevido» que no «el tal caballero es tímido y cobarde» (Quijote, 2, 17).

–En la caballeriza basta que esté –respondió Sancho–, que sobre las niñas de los ojos de vuestra grandeza ni él ni yo somos dignos de estar sólo un momento, y así lo consintiría yo como darme de puñaladas; que aunque dice mi señor que en las cortesías antes se ha de perder por carta de más que de menos, en las jumentiles y asininas se ha de ir con el compás en la mano y con medido término (Quijote, 2, 33).

Y aquí un texto de Escrivá:

El desprendimiento que predico, después de mirar a nuestro Modelo, es señorío; no clamorosa y llamativa pobretería, careta de la pereza y del abandono. Debes ir vestido de acuerdo con el tono de tu condición, de tu ambiente, de tu familia, de tu trabajo..., como tus compañeros, pero por Dios, con el afán de dar una imagen auténtica y atractiva de la verdadera vida cristiana. Con naturalidad, sin extravagancias: os aseguro que es mejor que pequéis por carta de más que por carta de menos.³⁵

tió en lluvia de oro para unirse con Dánae, encerrada en una torre por su padre Acrisio. Nada se sabe, por otro lado, de la comedia moderna aludida, aunque el tópico de la honra como vidrio aparece en multitud de ellas. Sólo una muestra: «que el honor es cristal puro / que con un soplo se quiebra» (A. de Claramonte, *La Estrella de Sevilla*, I, vv. 743-44, ed. A. Rodríguez López-Vázquez, Madrid, Cátedra, 1991, p. 173).

³⁵ Este texto pertenece al libro de homilías que lleva por título *Amigos de Dios*, n. 122. Puede consultarse en www.escrivaobras.org.

Otra expresión frecuente en San Josemaría es *industria humana*,³⁶ referida al ingenio para descubrir recordatorios que eleven la mente a Dios en la vida ordinaria. El sintagma lo vemos también en Cervantes:

Mas ¿de qué me quejo, desventurado de mí, pues es cosa cierta que cuando traen las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto abajo, despeñándose con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que prevenir las pueda? (Quijote 1, 27).

4.2. Novelas ejemplares en Camino

Rinconete y Cortadillo

Como ya dijimos, tras el *Quijote*, son las *Novelas Ejemplares* los textos cervantinos más citados por Escrivá. Cosa lógico, porque una y otra son las principales obras del alcalaíno.

De entre las ejemplares destacan las referencias a *Rinconete y Cortadillo*, una de las más célebres, en la que se describe magistralmente el hampa pícara sevillana contemporánea de Cervantes.

Presento dos ejemplos: uno de 1938, en el comienzo de la tarea fundadora de Escrivá y otro de la etapa final de su vida. Los narra Vázquez de Prada:

«Seguían buscando piso. Es lástima —escribía el Padre— que no se haya logrado encontrar casa: habríamos estado mejor y más baratos. Claro que, en medio de todo, donde estamos, estamos bien. Sin embargo, pocos días de estancia les quedaban en la pensión de Santa Clara. Esa misma semana, a fines de marzo, se produjo un pequeño revuelo. La patrona estaba decidida a echar a Pedro y a Paco, para instalar allí a otras dos personas. Si querían estar juntos tendrían que marcharse todos a otra parte. Y para agravarlo, a la hora de presentarles las cuentas de la pensión alguien debió de cargar la mano deliberadamente, pues don Josemaría habla de unas cuentas dignas del patio de Monipodio.³⁷ Así lo contaba a Ricardo: ¡Si vieras las cuentas del Gran Capitán, que se han permitido presentarnos!³⁸

³⁶ Por ejemplo, en *Camino* 272: emplea esas santas «industrias humanas» que te aconsejé para no perder la presencia de Dios: jaculatorias, actos de Amor y desagravio, comuniones espirituales, «miradas» a la imagen de Nuestra Señora...

³⁷ Nota de Vázquez de Prada: Carta a Juan Jiménez Vargas, desde Burgos. «Monipodio»: personaje de la novela *Rinconete y Cortadillo*, de Miguel de Cervantes. En el lenguaje coloquial, la expresión «Patio de Monipodio» significa convenio de personas que se asocian y confabulan para fines ilícitos.

³⁸ Pedro, Paco y Ricardo son algunos de los primeros miembros del Opus Dei (A. Vázquez de Prada, o. c., t. II, 2002, p. 279).

La otra cita corresponde a un contexto no humorístico. Se produce en 1966, en momentos de turbulencia informativa contra el Opus Dei en España, San Josemaría escribía:

El comprador y los vendedores, igual que aquellos que retrata Cervantes, pícaros al fin todos, son capaces de apalear a una mujer, que no puede defenderse, o de lanzar pellas de miseria contra un sacerdote, que no debe defenderse: porque está obligado a manifestar su mansedumbre. Es la de esa gente una manifestación de cobarde bellaquería, que hay que perdonar y —no faltaba más— que perdonamos.³⁹

El coloquio de los perros

Relata Salvador Bernal en su entrevista a monseñor Echevarría una alusión cervantina en un momento solemne: «Me quedó muy grabada la alusión a Cervantes en la catedral de Pamplona. Celebraba la Misa Mons. Escrivá de Balaguer el 26 de octubre de 1960. En la homilía se refirió a que amaba nuestros defectos, cuando luchamos por quitarlos, *porque son un motivo de humildad, y ha dicho aquél que es el primer literato de Castilla que la humildad es la base y fundamento de todas las virtudes, y sin ella no hay ninguna que lo sea*. Santa Teresa advertía con reciedumbre que «la humildad es andar en verdad». En el Siglo de Oro español —lo confirma la lectura de Quevedo—, no resultaba insólito confundir la humildad con sus caricaturas gazmoñas o apocadas».⁴⁰

La Galatea

Aunque no puedo afirmar con seguridad que haya intertextualidad, he encontrado algunos trozos de *La Galatea*, la novela pastoril cervantina, en que aparece alguna sintonía con textos de Escrivá:

Es ya caso averiguado,
que no se puede negar,
que a veces pierde el hablar
lo qu' el callar ha ganado.
Y el que fuere enamorado,
jamás se verá en aprieto,
si fuere honesto y secreto.

(*La Galatea*, Libro II).

³⁹ Carta a Florencio Sánchez Bella, (A. Vázquez de Prada, *o. c.*, t. III, p. 542).

⁴⁰ Javier Echevarría, *o. c.*, pp. 297-298. Según Cervantes, el texto original es: "la humildad es la basa y fundamento de todas virtudes, y que sin ella no hay alguna que lo sea".

Y *Camino*, 639: “De callar no te arrepentirás nunca: de hablar, muchas veces”.

En otro texto de *La Galatea* encontramos otra idea cara a San Josemaría:

A este tiempo, todos los demás pastores le rogaron que la ocasión de su tristeza les contase, especialmente Tirsi, que con eficaces razones le persuadió, y dio a entender que no hay mal en esta vida que con ella su remedio no se alcanzase, si ya la muerte, atajadora de los humanos discursos, no se opone a ellos. Y a esto añadió otras palabras que al obstinado mozo movieron a que con la suyas hiciese satisfechos a todos de lo que dél saber deseaban (*La Galatea Libro II*).

Idea semejante a la que aparece en textos como:

“Todo se arregla, menos la muerte... Y la muerte lo arregla todo (Surco 878).

Sigue adelante, con alegría, con esfuerzo, aun siendo tan poca cosa, ¡nada!

— *Con El, nadie te parará en el mundo. Piensa, además, que todo es bueno para los que aman a Dios: en esta tierra, se puede arreglar todo, menos la muerte: y para nosotros la muerte es Vida (Forja, 1001).*

Serenos porque siempre hay perdón, porque todo encuentra remedio, menos la muerte y, para los hijos de Dios, la muerte es vida” (Amigos de Dios, 79).

Escrivá aprovecha la sabiduría humana –todo tiene arreglo menos la muerte– que ilumina con la luz de la fe: la muerte es vida.

5. ALUMNO Y MAESTRO

Hemos comprobado que Escrivá fue un buen *alumno* de los clásicos (en el sentido más profundo del término: se nutrió de ellos). Pero también logró transmitir amor hacia esas perennes fuentes de buen estilo y pensar bien. De alguna manera lo trasluce la actitud semejante que observamos en el más estrecho colaborador de San Josemaría: Álvaro del Portillo, su primer sucesor al frente del Opus Dei.

Dice Bernal: «[D. Álvaro] recordaba –al cabo de tanto tiempo– poemas y frases de autores clásicos, y los citaba espontáneamente en tertulias familiares o en su predicación. En ocasiones, utilizó estrofas de las conocidas coplas de Jorge Manrique, para urgir en la pelea por vivir las virtudes cristianas en medio del mundo, y asegurar así también el camino definitivo hasta el Cielo. A propósito del apostolado, solía comentar que la gente está esperando, como aguardaba Lázaro en el sepulcro la voz de Jesús para levantarse. Y mencionó alguna vez los

versos finales de una Rima de Gustavo Adolfo Bécquer, Del salón en el ángulo oscuro, que hablan del arpa callada, olvidada y cubierta de polvo en ese rincón:

“¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas, / como el pájaro duerme en las ramas, / esperando la mano de nieve / que sabe arrancarlas! / ¡Ay! –pensé–. ¡Cuántas veces el genio / así duerme en el fondo del alma, / y una voz, como Lázaro, espera / que le diga: ‘¡Levántate y anda!’»

«Empleaba pasajes de Cervantes, Quevedo o Calderón de la Barca, para insistir en la humildad o rechazar como meros sueños los ideales que no influyen en la conducta. O acudía al ¡todos a una!, reacción unánime de los habitantes de Fuenteovejuna, según el clásico drama de Lope de Vega, dentro del Siglo de Oro español, para subrayar la necesidad de ayudarse unos a otros en la lucha decidida por la santidad cristiana. Quedaba claro el contenido únicamente espiritual y apostólico de esa profunda cohesión. Fueron las primeras palabras que le oí en abril de 1989, a su regreso de Nairobi: le había alegrado conocer que esa frase –»todos a una«– era bien familiar a los hombres de Kenia, pues usan mucho una expresión equivalente –»harambee«–, para unificar un movimiento: por ejemplo, así gritan los pescadores al llevar las barcas hacia la playa.

«También –todo hay que decirlo– citaba versos o frases más o menos ingeniosas de autores de nota, simplemente para alegrar las tertulias, sin especial pretensión didáctica o ascética, o por puro sentido del humor: así, cuando repetía dichos o poemas de Quevedo, no exentos de picardía».⁴¹

6. EL SENTIDO DEL HUMOR

Por lo visto hasta aquí podemos atisbar que la connivencia entre Cervantes y Escrivá supera la dimensión estilística. Ambos poseyeron en común una característica esencial: el sentido del humor. Uno y otro afrontaron dificultades sin cuento. Cervantes fue herido en Lepanto, cautivo cinco años en Argel, encarcelado varias veces en España, sufrió penurias económicas, etc. Escrivá supo también bastante de estrecheces pecuniarias, de incomprensiones y calumnias, de enfermedades. Pero en los dos hay humor, temple, chispa.

Don Quijote, por su parte, estaba loco. O al menos eso decían de él. De Escrivá también afirmaron algunas personas que no estaba en sus cabales. Ambos, uno en la ficción literaria del XVII y otro en la vida del XX, acometieron imposibles.

⁴¹ Salvador Bernal, *Recuerdo de Álvaro del Portillo*, Rialp, Madrid, 1996, pp. 40-41.

De *quijotada* podían considerar algunos el empeño de Escrivá por abrir un cauce vital y jurídico a la santidad en medio de la calle. Aunque en su caso, San Josemaría no necesitó recobrar la cordura al final de sus días, ya que vio confirmado en la vida de miles de personas aquel ideal que pareciera utópico.

Así lo expresa Coverdale: «echando la vista atrás después de más de medio siglo, sería fácil suavizar inconscientemente la dureza de la historia de los comienzos a la luz del crecimiento posterior. El principal obstáculo para el desarrollo del Opus Dei en un principio fue la novedad de su mensaje: la búsqueda de la santidad en la vida ordinaria. Todavía hoy, a pesar de las enseñanzas del Vaticano II sobre la llamada universal a la santidad y el desarrollo de una rica teología sobre los laicos, a muchos católicos –por tener una visión clerical de la Iglesia– les resulta difícil de comprender. Treinta años antes del Concilio Vaticano II, la afirmación de que enfermeras, abogados, empleados de fábrica y trabajadores del campo estaban llamados por Dios a buscar la santidad en medio de sus ocupaciones se le antojaba a mucha gente, también a muchos eclesiásticos, como algo herético. De los pocos que admitían esa posibilidad teórica de buscar activamente la santidad en la vida ordinaria, muchos consideraban quijotesco dedicarse realmente a ello: “Si fuera a tomarme mi religión tan en serio», pensaban, «lo mejor sería que me hiciera sacerdote.”⁴²

Precisamente en los comienzos del Opus Dei, San Josemaría se acordaba de la génesis del *Quijote*.

Era el 24 de noviembre de 1932, cuatro años después de la fundación, y en medio de dificultades sin cuento anota en sus *Apuntes íntimos*, refiriéndose a sí mismo y dirigiéndose a Dios:

Un instrumento pobrísimo y pecador, planeando, con tu inspiración, la conquista del mundo entero para su Dios, desde el maravilloso observatorio de un cuarto interior de una casa modesta, donde toda incomodidad material tiene su asiento.

Vázquez de Prada comenta: «¿No era una divina locura emprender la conquista del mundo entero sin medios materiales? Y, escribiendo esta catalina,⁴³ miraba en derredor de su ingrato cuartucho de la calle Viriato, que le traía a la mente el lugar donde se engendró el «Quijote». (“Una cárcel –dice Cervantes– donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación”)⁴⁴.

⁴² John F. Coverdale, *La fundación del Opus Dei*, Ariel, Madrid, 2002, pp. 11-12.

⁴³ San Josemaría llamaba “catalinas” a sus *Apuntes íntimos* por devoción a Santa Catalina de Siena.

⁴⁴ Andrés Vázquez de Prada, *o. c.*, t. I, p. 485.

El propio Escrivá se comparó en alguna ocasión con Don Quijote. E igualmente de esto disponemos de dos ejemplos con bastantes años de diferencia. El primero, en clave humorística: «Varias veces, en público y en privado, prometió que pronto volvería a Venezuela, en cuanto fuera posible. Y quedaron pendientes de su palabra. El 31 de agosto por la tarde salió del aeropuerto de Caracas. Estaba muy contento de su estancia; pero, como decía bromeando sobre su condición física: *Me voy como don Quijote de la Mancha: desmantelado el caballo*».⁴⁵

El segundo, en tono más serio: «El Señor aceptó su ofrecimiento generoso. No solamente por el bien de los suyos sino también como desagravio por la muchedumbre de crímenes y ofensas cometidos con ocasión de la guerra. El pensar en ello le abrumaba:

“Hoy, el abuelo está triste⁴⁶ (...), alicaído, a pesar de la amabilidad y del cariño de mi gente; y a pesar de la paciencia heroica de mi sobrino Juanito... que no está mandón. Y es que se acuerda de su juventud, y contempla la vida actual: y le entran unas ganas enormes de portarse bien, por los que se portan mal; de hacer el Quijote, desagraviando, sufriendo, enmendando. Y resulta que se le echan a correr el entendimiento y la voluntad (el Amor), y el Amor llega primero. Pero ¡llega tan desvalido, tan sin obras!... El abuelo está triste, porque él no acierta —viejo, sin fuerzas—, si no le ayudan, con su juventud, los nietos de su alma”.⁴⁷

Tenía sentido del humor y gustaba de que los demás lo tuvieran. «Si alguien de la casa descubría un desperfecto de cierta entidad, que no estaba en sus manos arreglar, o se trataba de deterioros o daños menores, ya se sabía que la costumbre establecida por el Fundador era el hacer notas de arreglos, o encargarse

⁴⁵ A. Vázquez de Prada, *o. c.*, t. III, pp. 727-728. No encuentro en el Quijote la expresión exacta desmantelado el caballo, pero la imagen parece corresponder a la escena de regreso de don Quijote desde Barcelona a su lugar manchego, tras la derrota sufrida a manos del Caballero de la Blanca Luna. Los chicos del pueblo, al verle llegar exclaman: -Venid, mochachos, y veréis el asno de Sancho Panza más galán que Mingo, y la bestia de don Quijote más flaca hoy que el primer día (Quijote, 2, 73). En el capítulo anterior, ya a las puertas de la aldea, Sancho exclama: Abre los brazos y recibe también tu hijo don Quijote, que, si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo. El capítulo 71 comienza así: iba el vencido y asendereado don Quijote pensativo además por una parte y muy alegre por otra. En el capítulo 64, tras la derrota de don Quijote en la playa de Barcelona, se describe a Rocinante malparado y contrecho. En el capítulo 66 don Quijote se califica a sí mismo como escudero pedestre, aunque poco después aparece subido de nuevo en Rocinante.

⁴⁶ Carta a los miembros de Opus Dei de Valencia. Durante la Guerra Civil española San Josemaría escribía con expresiones que no pudieran comprometer a los destinatarios de su correspondencia. Se llamaba a sí mismo *el abuelo*. El *sobrino Juanito* es Juan Jiménez Vargas, uno de sus primeros seguidores.

⁴⁷ Andrés Vázquez de Prada, *o. c.*, t. II, 2002. En esta transposición natural de lo humano a lo divino —la Dulcinea de don Quijote es Dios en San Josemaría—, muestra una vez más su sintonía con tantos autores del Siglo de Oro.

personalmente de la reparación, si es que sabían o podían hacerlo. En Molinoviejo el encargado de obras ese verano de 1948 era Fernando Delapiente. Las mujeres que se ocupaban de la Administración también anotaban los arreglos o trabajos pendientes en su zona. Por indicación del Padre, las notas iban a parar a la mesa de trabajo de Fernando, que muchos días se encontraba con un rimero de papeletas que abultaban más que el Quijote. Al Padre le hacía mucha gracia esta expresión —cuenta Encarnita—, y “nos animó a seguir derrochando literatura”.⁴⁸

7. CONCLUSIÓN

Queda claro que Cervantes es una fuente, sobre todo estilística, de San Josemaría Escrivá. De comunicador a comunicador. En la expresividad de Escrivá, en su capacidad de llegar a la gente influyen diversos factores humanos y espirituales. Uno de ellos es una lengua tersa y clara, forjada en una lectura vivificadora de los clásicos castellanos, entre los que destaca el autor del *Quijote*. Estoy seguro de que la paulatina publicación de las ediciones críticas de San Josemaría permitirá abundar en lo que aquí no es sino un esbozo.

8. BIBLIOGRAFÍA

- Bernal, Salvador, *Recuerdo de Álvaro del Portillo, Prelado del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1996.
- Cervantes, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, ed., Francisco Rico, Barcelona, Crítica, 1999.
- Cervantes, Miguel de, *Obras completas*, eds., Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas, Centro de Estudios Cervantinos, edición electrónica, 1997.
- Cejas, J. M., *Vida del Beato Josemaría*, Madrid, Rialp, 1992.
- Coverdale, John F., *La fundación del Opus Dei*, Barcelona, Ariel, 2002.
- Echevarría, Javier, *Memoria del Beato Josemaría*, Madrid, Rialp, 2000.
- Escrivá de Balaguer, San Josemaría, *Camino*, Edición crítico-histórica preparada por Pedro Rodríguez, Madrid, Rialp, 2002.
- Escrivá de Balaguer, San Josemaría, *Amigos de Dios, Surco, Forja*, www.escrivaobras.org.

⁴⁸ Andrés Vázquez de Prada, *o. c.*, t. III, 2003. Encarnación Ortega Pardo fue una de las primeras mujeres del Opus Dei.

- Fabro, Cornelio, *El temple de un Padre de la Iglesia*, Madrid, Rialp, 2002.
- Ibáñez Langlois, José Miguel, *Josemaría Escrivá como escritor*, Madrid, Rialp, 2002.
- Urbano, Pilar, *El hombre de Villa Tevere*, Barcelona, Plaza & Janés, 1994.
- Vázquez de Prada, Andrés, *El Fundador del Opus Dei, I, ¡Señor, que vea!*, Madrid, Rialp, 1997.
- Vázquez de Prada, Andrés, *El Fundador del Opus Dei, II, Dios y Audacia*, Madrid, Rialp, 2002.
- Vázquez de Prada, Andrés, *El Fundador del Opus Dei, III, Los caminos divinos de la tierra*, Madrid, Rialp, 2003.